

Edición:

Ayuntamiento de Ciguñuela

Plaza Mayor de Ciguñuela. 47191-Valladolid

www.cigunuela.es

Depósito Legal:

Diseño y maquetación:

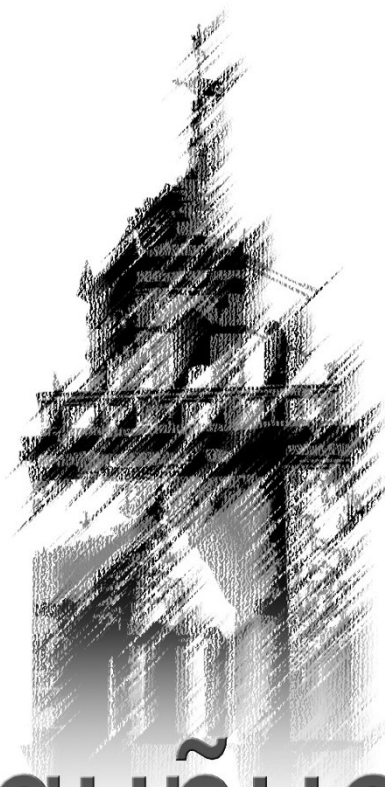
Ediciones ciguñuela

La Riva, 2 bis – Ciguñuela, 47191-Valladolid

edicionesdecigunuela@gmail.com

Impresión

Gráficas Germinal, S.C.L.



ciguñuela

relatos 2008

ayuntamiento de ciguñuela

ÍNDICE

OBRAS Página

Prólogo9

RELATOS de JÓVENES

*Jurado y obras seleccionadas
del Premio Juvenil...11*
La princesa y el dragón.....13
Y érase una vez que nadie respondió.....19
Todavía te busco.....25
El síndrome de una sociedad marchita.....29
Mexicalt.....37

RELATOS de ADULTOS

*Obras seleccionadas
del Premio para Adultos.....41.*
Mi abuelo leía pomas al sol.....43
Secreto de confesión.....49
Me alquilo como abuelo.....55
De jirafas sonrientes.....65
In memoriam.....71

Hola a tod@s. Me han encargado que escriba un prólogo para esta *Cuarta Convocatoria de Cuentos y Relatos Cortos* y este año, por primera vez, con una categoría para relato juvenil. Yo, la verdad, no tengo ni idea de qué decir ni de cómo se hace esto, pero empezaré por contaros que soy el Alguacil de Ciguñuela, y que este concurso de relatos comenzó para dar a conocer nuestro pueblo. Y a fe mía que lo estamos consiguiendo, desde esas interminables horas que pasé delante del ordenador en la primera convocatoria, copiando las obras que iban llegando. Yo no tenía ni idea de lo que se me había venido encima: entonces no disponíamos de *ads/* y tardaba en bajar cada relato casi un minuto, o más si venían con algún dibujo; después guárdalo, notifica al concursante que lo has recibido, imprímelo, regístralo de entrada y luego haz montones para el jurado. A veces, por cada uno que bajaba entraban dos, y eso es agobiante: se llenaba la página y yo ya no tenía horas para dar abasto. Pero se superó con esfuerzo y muchas horas, y no me arrepiento. En los siguientes certámenes la cosa ya fue mejor: teníamos *ads/* y bajar los relatos era un segundo. Pero lo que más me gustó es que aunque en la tercera convocatoria bajó un poco el número de participantes, en esta última ha vuelto a subir; y es que esto es como en una empresa, que cada vez quieres un poco más; aquí cada vez quieres que te manden unas pocas obras más y así seguir adelante con esta iniciativa que va prosperando tanto en número como en calidad, y espero que siga adelante por muchos años y que la gente pueda disfrutar de las historias que nos cuentan, unas tristes, otras graciosas pero todas con un punto de imaginación que es de alabar.

Bueno, no quiero extenderme más. Además, que ya se me acaba la inspiración que me cogió en un momento; pero no quería cerrar este prólogo sin agradecer su labor a los jurados que se dan buenas sesiones de lectura y cuya labor, la de elegir entre tantos cuentos y relatos, es muy difícil. Espero que os gusten los relatos. (Para ser el primer prólogo que escribo, no me ha quedado nada mal). Gracias a tod@s.

Javier Carrasco, Alguacil de Ciguñuela.

JURADO

Don Juan Carlos Zurro Segoviano, *Veterinario*
Doña Laura Castaño Casado, *Profesora de E.G.B.*
Doña Carmen de Castro García, Lda. en Filología Francesa
Don Ricardo Enjuto Ruano, Ldo. en Filología Inglesa
Don Jesús Pastor Martínez, Gestor cultural

FINALISTAS DEL CONCURSO DE RELATOS CORTOS JUVENILES

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN	<i>Elena Dimitriadis Bermejo</i>
Y ÉRASE UNA VEZ QUE NADIE RESPONDÍO	<i>Martha Lucía Blanco Cervantes</i>
TODAVÍA TE BUSCO	<i>Noelia Martínez Rey</i>
EL SÍNDROME DE UNA SOCIEDAD MARCHITA	<i>Raquel Silva León</i>
MEXICATL	<i>Rebeca Grande Marcos</i>

Premio Juvenil de Relatos "CIGUÑUELA" 2008

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN
de Elena Dimitriadis Bermejo

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

Elena Dimitriadis Bermejo

Cuando el mensajero llegó al palacio, la princesa Alina estaba en su entrenamiento diario de esgrima. Desde hacía cerca de dos años, no había caballero en todo el reino y sus alrededores capaz de ganar a esta chica pelirroja, alta y fibrosa. Como siempre, frunció el ceño cuando su padre, el rey, la mandó llamar, interrumpiéndola. El príncipe del reino vecino, el príncipe Pércival, había sido secuestrado por un dragón mientras volvía de la biblioteca mayor del reino a su palacio. Al conocer la destreza con la espada de la princesa, el rey y la reina del reino vecino le pedían que buscara a su hijo.

Ni corta ni perezosa, Alina hizo un hatillo con las cosas más necesarias para el viaje (una espada fabricada por los enanos, una daga, una capa ignífuga y un par de camisas y pantalones de repuesto) y salió en su busca. Disfrazada de plebeya, fue preguntando por los pueblos, porque pensó que un dragón de entre cinco y siete metros no podía haber pasado desapercibido... Pero a la semana de salir de palacio aún no había descubierto nada, y comenzaba a desesperarse.

Había conocido a Pércival en una de las fiestas que sus padres se empeñaban en dar en su honor. Era un chico menudo, moreno y con unos soñadores ojos negros. No le había prestado mucha atención: era un apasionado de los libros, y aquello no era su estilo. No podía esperar mucha ayuda por su parte: daba la impresión de no ser capaz de levantar una espada.

Al décimo día, por fin, encontró a un pastor de la zona montañosa de Charmozern que juraba y perjuraba haber visto un lagarto gigante con alas volando hacia el Oeste, así que hacia allá se encaminó Alina. Parecía que había encontrado el rastro: a partir de entonces, en cada pueblo había una o dos personas que reconocían la descripción de “el lagarto gigante con alas”, y en un par de ocasiones encontró huesos de grandes animales en cuevas en las rocas. Debía de ser muy cuidadoso, porque siempre lo habían visto de noche y volando alto. Nadie se lo había encontrado cara a cara, ni había robado nada, ni ninguna de las cosas típicas de los dragones. De

hecho, en los pueblos muchos no lo identificaban con un dragón. Aquello no era una buena noticia para Alina, pues en ello se reconocía a un dragón astuto, y cuanto más astuto fuese el dragón más difícil sería acabar con él. Además, el rastro la estaba obligando a internarse cada vez más en el territorio de Prastim, una zona inhóspita y muy poco poblada. No obstante, si quería salvar a Pércival, no tenía más remedio que seguir adelante.

Y, por fin, un día encontró la guarida del dragón. Para su desilusión, éste estaba allí, delante de la entrada de la cueva. Era un animal magnífico, de unos seis metros y medio desde el extremo de su puntiaguda cabeza hasta la punta de la cola y de un hermoso color esmeralda. Parecía estar durmiendo, enroscado como un gato y con la cola rodeándole el cuerpo. Cuando Alina intentó alejarse silenciosamente para esperar desde una distancia prudencial a que se marchase a buscar comida, el dragón abrió un ojo ambarino y dijo con voz somnolienta :

-¡Salud, princesa Alina! Hace tiempo que esperaba tu llegada. Si pensabas que iba a pelear contigo, estabas muy equivocada. Pasa, por favor.

Alina sabía que hacerle caso a un dragón era muy peligroso, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ya la había visto, y si trataba de huir, podía carbonizarla sin siquiera levantarse del sitio. Maldijo su falta de precaución, que la había hecho meter la capa ignífuga en el hatillo. Ahora ya no podía sacarla sin que llamase la atención... Lo único que podía hacer era seguir sus instrucciones. Avanzó con todos los músculos en tensión, dispuesta a vender cara su vida si el dragón hacía el más mínimo gesto de ir a matarla. Pero éste ni siquiera se movió cuando ella pasó a su lado. Pércival estaba sentado tranquilamente en una piedra cerca de la entrada, mirándola con curiosidad. Llevándose un dedo a los labios, Alina lo arrastró hacia el fondo de la cueva y susurró mientras sacaba la capa del hatillo:

- ¡Rápido, ahora que está distraído, ponte esta capa y sal corriendo! ¡Yo te cubriré la retirada!

Pero Pércival no se movió, y le respondió:

-Pero yo no me quiero ir...

Ella, que estaba sacando la espada y comprobando que estuviera bien afilada, paró y lo miró, anonadada ante tamaña estupidez.

-Mira, estamos en la guarida de un dragón, un bicho malo, que se come a la gente, y tus padres están muy preocupados por ti- le dijo, hablando lentamente, como quien habla a un niño pequeño y ligeramente tonto. -No es buen momento para discutir.

Como toda respuesta, él la agarró del brazo y, con una fuerza inusitada para su tamaño, la arrastró hasta un agujero que había en el fondo de la cueva, sin que ella, pillada por sorpresa, hiciese nada por resistirse. Lo que Alina había tomado por una mera grieta en la roca, era la entrada a otra caverna, forrada de arriba abajo con estanterías, con miles y miles de libros. Hasta la princesa, que no era una gran aficionada a la lectura (le parecía una soberana pérdida de tiempo), se quedó sin aliento.

-¿Entiendes ahora por qué no quería marcharme? ¡La dragona (sí, es hembra, no pongas esa cara) no me quería a mí, solamente quería el libro que yo llevaba debajo del brazo! Es una gran lectora, pero, por culpa de la mala fama que se han creado algunos de sus congéneres, la única manera que tiene de conseguir libros es robándolos. La he convencido de que me deje llevármelos a la biblioteca de mi reino, con la condición de que pueda venir ella también. Es completamente inofensiva, siempre y cuando no dañes sus queridos libros- la explicó.-Y puedo pedirla que nos lleve volando hasta alguna zona poco poblada de mi reino.

-Entonces, ¿a qué esperas?- le respondió Alina, y él salió a hablar con la dragona.

Completamente patidifusa, se sentó en el suelo, tratando de digerir lo que Pércival le había dicho. ¡Había dragones inofensivos y pacíficos, estaba ante una biblioteca, perfectamente ordenada, creada por uno de ellos, e iba a volver a su reino montada sobre su lomo! Realmente, era demasiada información para asimilarla toda de golpe.

La cabeza del chico apareció por la grieta, interrumpiendo sus pensamientos. Tenía la cara prácticamente partida en dos por una gran sonrisa. ¡Había consentido en llevarlos! Más tarde volverían a por los libros.

Su entrada en la capital del reino fue apoteósica. Toda la ciudad estaba volcada en las calles. ¡Tras cerca de un mes de ausencia, su querido príncipe había vuelto!

El rey y la reina, de los que Pércival había heredado su pasión por la lectura, se entusiasmaron con la idea de la creación de la nueva biblioteca con los libros de la dragona. También insistieron en alojar a ésta en los recintos del palacio, por lo que construyeron una réplica exacta de su cueva en los jardines. Alina se quedó en el palacio todo el tiempo que duró el traslado de la biblioteca, ayudando a ordenar los libros. Descubrió que los libros... quizás no fuesen tanta tontería, y comenzó a leer habitualmente, aunque sin descuidar sus entrenamientos de esgrima.

Además, la dragona poseía la sabiduría de largos años de vida (los dragones suelen vivir entre 500 y 700 años), y era muy interesante oírla hablar. Se adaptó perfectamente y, al cabo de poco tiempo, se convirtió en una de las “personas” más consultadas del reino.

El príncipe Pércival, que se había hecho gran amigo de la princesa, abdicó a favor de su hermana pequeña y dedicó el resto de su vida a trabajar de bibliotecario, quedándose soltero.

Cuando acabaron las obras, Alina tuvo que volver a su reino, pero siguió yendo regularmente a la biblioteca “del dragón”, como se la llamó a partir de entonces. Años después, cuando tuvo que subir al trono, resultó una reina amable y justa, siempre bien aconsejada por Pércival y la dragona.

Y vivieron ellos bien y nosotros mejor.

Y ÉRASE UNA VEZ QUE NADIE RESPONDIÓ

Martha Lucía Blanco Cervantes

El hermoso niño de piel morena se encuentra sentado solo en la terraza de su humilde casa. Tiene 14 hermosos años y su cabecita llena de dulces sueños, sueña con lo que será dentro de muchos años su futuro. Se imagina recibiendo su título de Doctor. Él sueña con ser ese médico que ayudará a todos y que además algún día dirá a su arrugada y cansada madre: *-No laves más ropa ajena y dile adiós por siempre a tus patronas... toma esta hermosa casa, cuida el jardín y descansa, tu hijo Doctor te mantendrá.*

Un grito proveniente de la casa vecina lo sacó de sus sueños: *-¡ Pedro .corre, corre! -* decía alterada la voz-, *parece que algo le sucedió a tu mamá...* Pedro corre desesperadamente hacía donde la gente señala, son muchos y muy grandes, no le permiten ver. Poco a poco se abre paso entre la multitud y ve a su madre tirada en el piso, pálida y demacrada. Se tira encima de ella, le golpea, le grita, pero no recibe ninguna respuesta. Las lágrimas empiezan a asomar por sus mejillas. Pide auxilio a gritos, pero sólo escucha como respuesta su voz. En minutos, que a Pedro le parecieron horas, llega una ambulancia, recoge y se lleva a su mamá. *- ¿Pero dónde la llevan? -* pregunta Pedro-, *¿Qué le pasó? ...* El silencio es su única respuesta.

Un vecino solidario toma a Pedro de la mano, lo lleva de regreso a su casa y le explica que su mamá ha sufrido una trombosis *-¿Qué es eso? -* pregunta Pedro. *-Un ataque al cerebro -* contesta el vecino-. *Pedro, debes ser fuerte, recuerda que tú eres el mayor de tus cinco hermanos tu mamá se repondrá y pronto estará con ustedes.*

Pedro no puede asimilar lo que está pasando; todavía con la cabeza llena de ruidos de sirenas, voces de vecinos y tragedia. Seca sus lágrimas, entra en su casa y piensa en lo que les dará de almuerzo a sus hermanos cuando lleguen del colegio. Su madre siempre lo traía. Busca afanosamente en las gavetas de un viejo y desgastado armario para ver si encuentra panela, pan o algo para dar de comer a sus hermanos... pero no encuentra nada y poco a poco comienza a llorar. Llorar de soledad, de impotencia y de desesperación.

Pedro tiene cuerpo, sueños y alma de niño, pero debe enfrentar los problemas de la vida como un hombre. Se arma de valor, seca sus lágrimas y espera a sus hermanos.

-Pedro, mamá, ya llegamos... -Entran uno por uno a la casa, Luis, Miguel, Jaime y Sofía la pequeñita de tan solo 4 añitos, -¿Dónde está mi mamá? ¿Qué tenemos para comer? - Pedro no sabe qué hacer, entre lágrimas cuenta a sus hermanos que su mamá está enferma que se la llevaron al hospital, y que pronto va a volver. -Todavía no hay comida, pero no se preocupen que yo pronto la traeré.

Su madre siempre le ha dicho que no se debe pedir, que todo lo que llegue a nuestra casa debe ser fruto del trabajo honrado. *-¿Pero -piensa- en que podré trabajar?... Mamita perdóname.... sólo por hoy voy a pedir. Te prometo que pronto buscaré algo que hacer para ganarme el pan como tu nos enseñaste y como Dios manda.* Y así Pedro camina, una, dos, cuatro, seis, veinte cuadras, solicitando a las personas que pasan una moneda para poder comer. Pasan diez, veinte, cincuenta, cien personas, algunos ni siquiera lo miraron, otros tal vez lo pisaron, pero ninguno le dio una moneda.

Con los pies cansados, su estómago hablando del hambre ya caída la tarde, Pedro toma fuerzas de su hombre interior y decide entonces pedir trabajo. Piensa: *- Mamita, tú tenías razón... puede ser mas demorado. pero es el mejor camino para poder llevar comida a mis hermanos.* Entra primero a la panadería y le dice al dueño: *-Señor, le hago los mandados por un pedazo de pan; le limpio los vidrios, el piso, lo que usted quiera, pero regáleme un pan para llevar a mis hermanos...* El hombre, ofendido, le contesta: *-Muchacho harapiento, hasta ladrón serás, fuera de mi establecimiento, porque viéndote mis clientes nunca entrarán.... y mucho cuidadito con tocar algún pan.*

Esta respuesta y parecidas o peores recibió Pedro en la cafetería, la pizzería, la panadería, el restaurante, el almacén de muebles y perdió la cuenta de cuántos negocios más. *- Mamita, nunca me dijiste lo difícil que es vivir sin ti y ahora reconozco la falta que nos haces.*

Bien entrada la noche Pedro llega a su casa, sus hermanitos lo reciben con carita de ilusión: *-Pedro, ¿qué nos trajiste?... Tenemos mucha hambre y no hemos podido dormir.* Pedro siente que su alma se encoge de dolor. *Mamita, ¿dónde estás...? qué hago en esta soledad.... Dame fuerzas para luchar.* Abraza a sus hermanitos y así abrazados lloran de hambre y desesperación. Luego de muchas horas todos se duermen con la cabecita llena de sueños, pero el estómago vacío.

Y amanece, Pedro se levanta y busca a su mamá.: *Mamita ya es hora de que vayas a trabajar...* Otra vez se enfrenta a la dura realidad... su madre ya no está... sus hermanos deben ir al colegio... los despierta uno a uno, los baña, los arregla, y los acompaña al colegio para volver a empezar. *-No se preocupen hermanos, les prometo que al llegar un gran banquete van a encontrar.*

Pedro va donde el vecino y le pregunta: *Señor, ¿qué ha sido de mi mamá?* *-Pedro, ya tu casi eres un hombre, debes ser fuerte, ahora te toca a ti velar por el bienestar de tus hermanitos. Tu mamita ya no está, ella está con Dios en el Cielo y desde allí los cuidará.* *-¡No puede ser!* - Pedro le grita a Dios-, *no puedes llevarte a mi mamá, yo la necesito más que tú...* *¿Qué puede hacer mi mamita a tu lado cuando tiene tanto por hacer por mis hermanos y por mí?* Dios tampoco le contestó.

Pedro se mira ante un espejo roto y toma una decisión: *-Hoy mis hermanos comerán, yo, Pedro, se lo prometí y tengo que cumplir.* Su rostro se ve diferente, sus ojos han cambiado, el brillo de los sueños no aparece reflejado. Ya no parece un niño. Parece un hombre caminando en un cuerpo pequeño.

Pedro camina muy lejos de su casa, se para junto al restaurante de una esquina mira una puerta que da hacia el callejón; en esta puerta no se ve nadie, entra y sale gente pero siempre está abierta; recoge de la basura una bolsa grande y, silenciosamente, entra por la puerta trasera con rumbo hacia la cocina. Su corazón late apresuradamente de ansiedad, miedo, culpa y desesperación. Por un minuto reflexiona y

piensa echarse para atrás, pero la visión de sus hermanos llegando del colegio le llena de valor. Atraviesa la cocina y llega a un enorme refrigerador, lo abre y ante sus ojos desfilan manjares que Pedro nunca comió: carne, pollo, salchichas, jugos, pescados y demás. No tiene tiempo para ponerse a pensar, a grandes manotadas toma cosas y apresuradamente las va tirando a la bolsa de basura, en su mente sólo piensa en la felicidad de sus hermanos con el banquete que les prometió.

Cuando Pedro llena la bolsa cierra el refrigerador, pero tan concentrado estaba que no vio al dueño del restaurante, quien a sus espaldas observaba: *-Te pillé, muchachito ladrón...* Pedro se paraliza del susto... intenta correr pero el hombre fuerte y alto lo atrapa de un solo tirón: *-¡Llamen a la policía, atrapamos a un ladrón!*. Los minutos vuelven a parecer horas. Pedro piensa en su madre, sus hermanos, y siente que les falló. La policía viene y Pedro es entregado a una casa llamada *CASA DEL MENOR*. *-De aquí sólo saldrás cuando seas mayor de edad...* Pedro, entre lágrimas, llama a su mamá, a sus hermanos, a Dios... Pero nuevamente sólo el silencio respondió.

SEIS AÑOS DESPUÉS

Leyendo el periódico de hoy, encuentro la noticia de que PEDRO RAMÍREZ BELTRÁN, alias el JALADOR, fue abatido por los disparos de la policía después de haber atracado a mano armada un almacén. En letra muy pequeña decía: *"No se ha acercado ningún familiar a reclamar el cadáver"*.

Por curiosidad investigué y supe que al día siguiente de haber llevado a Pedro a la *CASA DEL MENOR*, el Bienestar Familiar llegó y se llevó a sus hermanos para orfanatos del gobierno. De la suerte de cada uno de ellos nunca se supo, ¿los adoptaron?, ¿cumplieron con el sueño de Pedro y fueron doctores?, ¿murieron a temprana edad víctimas de las balas de la policía?, ¿Supieron algún día de la suerte de Pedro? ¿Será

que algún día Pedro recibió respuestas a sus preguntas, ó sólo siguió obteniendo silencio...? No fueron felices para siempre. ¿O será que por fin encontraron la felicidad?

TODAVÍA TE BUSCO

Noelia Martínez Rey

El paisaje era sencillamente maravilloso. Desde mi ventana veía extenderse la grandiosidad y, entre verde y amarillo, la belleza. Era como un sueño.

Tranquilidad, al fin, y en la monotonía de mi vida, un arco iris de esperanza. Podría pasar suspirando por aquello que tenía delante, una eternidad. El hotel deslumbraba majestuoso. La piedra se construía en nuestros ojos y en el ambiente se respiraba el mineral de las aguas.

¡Cuánto amanecer desvalido sin ser visto...! ahora, aquí, hermosura, soy yo, eres tú, juntos....

Quiero vivir aventuras para el resto de mi vida, a tu lado; amarte, bajo este

calmado iluminar de velas. Los dos.

La boda fue un sueño y ahora todavía sigo soñando en este cuarto junto a ti, los dos.

Los salones están ocupados. Gente, gente... pero en cambio, paz.

Y un vestido blanco... era el más hermoso, con bordados dorados, de seda y con un recordar de momentos que hacía que, sólo por eso, oliese a enamorar.

Dejaba leer entre líneas cualquier trazo de mi cuerpo y al caminar reflejaba una danza para el mundo, lenta, suave y frágil. Era, por sí, sombra de mujer, de dulcísimo contorno y sensual artificio; así, cometa de colores entre la gente.

La música sonaba con un tintinear romántico y rostro desconocido, pero sólo por escucharse allí, era canto de sirenas y verso de trovadores. Las notas vibraban entre faldas y trajes. Delicias, felicidad, descanso, perfección, elegancia... mientras, el mundo en guerra, resultaba increíble.

Este lugar de aguas de milagros debería ser capaz de curar el mal de todos, porque aquella guerra civil no era más que una sanguinolenta huida de la muerte. Y nosotros, aquí.

Los paseos a caballo ocupaban gran parte de la tarde. Los

jardines, el paisaje, la calma, al anochecer, hacían del amor de la jornada, una fantasía.

Aquella tarde, los caballos estaban especialmente inquietos, el cielo aguardaba en silencio los gritos de la tormenta. El susto fue enorme. Aquella yegua me hizo caer. Mi cuerpo sentía el suelo húmedo, pero no lloraba. Tú estabas allí, me cogiste en tus brazos, me besaste y volvimos al hotel.

Me limpiaste las heridas y, con dulzura, puse el vestido blanco de gráciles formas. La cena se servía a los ocho y llegábamos tarde.

Regreso a la habitación, había olvidado la flor que me regalaste con el vestido. Simplemente, belleza. Pero cuando quiero bajar de nuevo, ...calor...calor....llamas, nadie, fuego, calor....Me caigo. Las lágrimas se secan. Y mi vestido...y la pureza de aquella flor deritiéndose conmigo. Sueño. Llora.

Calor....

Y no te encuentro.

- Feuer! Feuer!

- Help me! Fire, fire!

Únicamente gentes de hablas extrañas; ¡te hablo y no me oyes!, nadie me entiende.... y no estás. En aquel espejo mi reflejo se veía siniestro, entre humo y llamas, y aquel vestido blanco....

Abro los ojos. Los párpados me pesan. Luz. Música de nuevo, lejos. Y una ligera brisa que acaricia mi cabello. La ventana está abierta. Salgo del cuarto, me había quedado dormida. Todo parece un tanto diferente, no sé. ¿Fiesta de disfraces? Gente, gente y más gente...¡qué comicidad! Resulta incluso divertido. Todos se quedan mirando, es por el vestido, es tan hermoso y de tanta delicadeza.... Nosotros no traemos disfraz para celebrar

el año nuevo.

¿Dónde estás? No te encuentro....no te encuentro...¿Dónde estás, mi amor?!

¿Qué está sucediendo? ¿Dónde estás? Yo, sola....

Suenan las campanadas y un grito de la multitud se mezcla con el brindis:

¡Feliz 2007!

¿2007? No puede ser. Corro. Mi mente simplemente no reacciona. Estoy aquí, el espejo no miente. Sigo siendo la misma, con mi vestido blanco y sin ti, no te encuentro, ¿dónde estás?

Una fotografía antigua, al lado del espejo, llama mi atención: un caballo y una joven con un vestido blanco, el más hermoso, con bordados dorados, de seda y con un recordar de momentos que hacía que, sólo por eso, oiese a enamorarse.

Y una fecha, 1937.

Todavía te busco. Mi amor.

EL SÍNDROME DE UNA SOCIEDAD MARCHITA

Raquel Silva León

Alfonso Gutiérrez permaneció allí unos minutos más. Tumbado en el sofá mirando aquella extraña fotografía. Adoraba la fotografía, para el joven administrativo era algo más que un hobby. Sus ojos cansados la volvieron a analizar con premeditada lentitud. Un Alfonso sonriente sentado sobre una roca le devolvió una mirada burlona. En la fotografía, se veía un espléndido atardecer lleno de sombras. Sombras. Ese era precisamente el problema.

Alfonso recordaba ese día. Había ido con unos amigos a la montaña, a respirar aire puro lejos de la ciudad. Como fotógrafo oficial del grupo tomó una veintena de instantáneas. Al final del día, ya cerca del ocaso, uno de sus amigos decidió tomar una fotografía de él. De naturaleza perfeccionista, Alfonso tardó casi treinta minutos en situarse en el lugar definitivo. Al fin su amigo hizo la foto y poco después se marcharon a casa. Al día siguiente el joven llevó el carrete al fotógrafo y un par de horas después ya tenía las fotografías calentitas bajo el brazo, listas para ser colocadas en el álbum. Cuando las estaba revisando, se paró a observar aquella que hizo su amigo. No estaba muy acostumbrado a verse en fotografías. Su mirada se paseó sobre ella, hasta que un detalle le hizo detenerse. Había algo extraño en su sombra, una especie de punto de luz, una manchita de claridad donde debería haber sombra, era algo difícil de definir. Alfonso pensó que se trataba de un simple efecto que habría aparecido ocasionado por las manos inexpertas de su amigo.

Pasaron unos días y Alfonso no volvió a pensar en ello, hasta que un día paseando por la calle volvió a verlo. Era un domingo por la mañana y había salido al parque más cercano a pasear. Aún estaba amaneciendo y mientras caminaba podía ver delante de él su estirada sombra. De pronto sus ojos observadores volvieron a ver aquel extraño punto de luz en el mismo lugar que el que aparecía en la fotografía. Mientras se iba moviendo, el punto de luz avanzaba con su sombra, sin moverse de ese lugar. Alfonso se paró, sacudió ligeramente la cabeza y decidió que se debía a un problema visual.

Visitó varias consultas, pero todos los oftalmólogos coincidían en que tenía la vista en perfecto estado. Alfonso siguió dándole vueltas al asunto, hasta que se convirtió en una especie de

obsesión. Cuando el trabajo o los amigos no ocupaban su mente, lo hacía aquel punto de luz. Además cada día que pasaba lo veía un poco más grande. Alfonso decidió acabar con aquella absurda paranoia y tras pedir el día libre en el trabajo fue a ver a su médico de siempre, el doctor Menéndez. El joven llegó a la consulta preso de un gran nerviosismo. Nunca le habían gustado los médicos, siempre se las había arreglado para prescindir de ellos. Cuando se encontró frente al doctor, sintió la urgente necesidad de dar media vuelta y salir de allí.

- ¿Qué le sucede, señor Gutiérrez?
- Verá, esto, doctor...
- ¿Sí?
- Resulta que...- Alfonso no sabía cómo empezar, no había sido buena idea ir.
- No tenga miedo, he visto muchas cosas en mi vida profesional y no creo que lo que tiene que contarme me vaya a sorprender.
- Veo un punto luminoso en mi sombra- se sintió a la vez aliviado y estúpido.

En aquellos tediosos cinco segundos Alfonso pensó que estaba haciendo el ridículo y que el Doctor Menéndez se echaría a reír de un momento a otro.

- Ya veo... Ahora entiendo que estuviera tan nervioso.

Alfonso palideció, era peor de lo que había pensado. Seguramente tendría un serio problema mental. Quizás incluso encarcelaran a la gente por decir cosas de ese tipo

- Pero no se preocupe, señor Gutiérrez, no es nada que se le parezca a un problema mental ni psicológico.
- ¿Cómo dice?
- Ya sé que le va a sonar raro, pero su enfermedad la sufren muchas personas, lo que ocurre es que no todas la detectan.
- Y, ¿qué es lo que tengo, doctor?
- Padece usted el "Síndrome de la Sociedad Marchita" – y añadió al percibir la extrañeza de Alfonso- La enfermedad de usted es una enfermedad muy... abstracta. Por eso le recomiendo que no intente

explicarla a amigos y familiares, ya que no la entenderían.

- Pero, ¿en qué consiste exactamente mi enfermedad?
- No sé si se habrá dado cuenta, pero vivimos en una sociedad llena de guerras, hambre, terrorismo, xenofobia, y otros males. Aquí en nuestro país vivimos muy bien, y por eso hay personas que no se percatan de que en otros países la realidad es diferente. Estas personas van perdiendo la capacidad de ver más allá de sus narices. Esto se refleja físicamente mediante la desaparición parcial de las sombras de dichas personas. Si aquellos que padecen la enfermedad no toman las medidas oportunas, su sombra ira desapareciendo y cuando desaparezca por completo, ¿imagina lo que ocurrirá?
- No lo sé señor... creo que... quiero decir que yo nunca he visto a nadie sin sombra.
- Exacto, esto quiere decir que si no hay sombra, no hay persona.

Alfonso temblando aterrado, apenas pudo murmurar:

- ¿Qué puedo hacer?
- Por el momento tomará usted *Ribosítamón*, pero quiero advertirle que como realmente se cura la enfermedad es actuando en el centro mismo del problema, es decir, poniendo fin de alguna manera a los problemas sociales de los que le he hablado. Algo muy difícil, sin duda.

Cuando ya se habían despedido y Alfonso se había girado ya, para salir de la consulta, la voz del doctor Menéndez le hizo darse la vuelta:

- Una última pregunta señor Gutiérrez.
- ¿Sí?
- ¿Ha visto esta mañana en televisión las noticias?
- No
- Y, ¿ha leído el periódico?
- No. Por lo general no acostumbro a hacer ninguna de las dos cosas
- Pues debería hacerlo...

Tras salir finalmente de la consulta del doctor, Alfonso se dirigió a casa y se tumbó en el sofá. Estuvo varias horas allí. Sin moverse siquiera, sólo pensando, preso de un miedo atroz...

El cielo se oscurecía por momentos. Más abajo, a ras de la tierra siluetas oscuras se perfilaban sobre un suelo ensangrentado. El sonido de los disparos retumbaba sobre los gritos de los hombres. En aquel caos, un hombre de rasgos occidentales, armado con una inofensiva cámara fotográfica asomó apenas unos centímetros la cabeza por encima de las trincheras y disparó. Unas horas después la batalla terminó temporalmente con una tregua otorgada por la retirada del enemigo. Los soldados se apresuraron a ayudar a los compañeros heridos y a trasladar a los cadáveres. Reinaba un silencio tenso, apenas roto por algunos llantos y por el sonido de la cámara de Alfonso. Después todos se retiraron al campamento. Tan sólo Alfonso se quedó allí en aquella explanada teñida de sangre, sentado sobre unas rocas con la cabeza entre las manos, llorando. Ser fotógrafo de guerra no era una tarea fácil; no sólo por el peligro al que se exponía a diario, sino por la terrible presión psicológica. En los primeros días había conocido a un fotógrafo llamado Kevin Carter. Tenía su misma edad y llevaba muchos años en Suráfrica. La mayoría de los fotógrafos de aquellas tierras eran occidentales y estaban allí para hacer despertar con sus fotos la sensibilidad ajena y denunciar situaciones inadmisibles ante aquellas personas que están tranquilamente sentadas en su casa leyendo el periódico o viendo la televisión. Pero Alfonso había observado cómo trabajaban y había llegado a la conclusión de que para poder hacer ese trabajo era necesario blindarse, armarse de una coraza emocional. Para Carter y sus colegas, la cámara era una especie de barrera que se alzaba protegiéndoles del miedo, el horror y la compasión. Alfonso sabía que nunca podría llegar a ser como ellos, aunque en el fondo tampoco lo deseaba realmente. Pero por otro lado, sí que le hubiese gustado no ser tan vulnerable al sufrimiento que le rodeaba. Había días en los que se levantaba y pensaba que él no debía estar ahí, que había cometido un error. Pero entonces

se acordaba de lo que le había llevado hasta allí y pensaba en aquellas personas que viven tan felices, ignorando el dolor de otros como ellos.

Al fin, se levantó, estiró un poco las piernas y se dirigió con paso cansado al campamento. Los días pasaban lentamente. Alfonso ya había perdido la cuenta de los meses que llevaba con su nuevo trabajo. Cuando llegaba a casa, su familia y sus amigos le recibían cálidamente, aunque no habían llegado a comprender su decisión de marcharse, le habían apoyado siempre. Alfonso estaba satisfecho del trabajo que hacía, a menudo veía fotos suyas publicadas en los periódicos y revistas importantes. Incluso recibió varias cartas de afamados reporteros que le ofrecían trabajar con ellos. Alfonso Gutiérrez viajó por todo el mundo denunciando con sus fotos las condiciones inhumanas en las que se hallaban millones de personas. Se convirtió en un hombre intrépido, luchador y solidario, pero nunca llegó a ser tan frío como otros fotógrafos. Un día, estando en su casa con su familia, vio en el periódico una fotografía de su antiguo compañero Kevin Carter. En ella se veía una escena sobrecogedora: en un paraje desolado, una pequeña niña sudanesa, moribunda y desnuda espera la muerte postrada en el suelo ante la mirada expectante de un buitres. Con esta instantánea, Carter logró el premio Pulitzer 1994. Pocos días después volvió a leer en el periódico un reportaje sobre la ya famosa instantánea. La gente de la calle quería saber qué hizo Kevin después de hacer la foto, ¿ayudó a la niña o la abandonó a su suerte? Alfonso conocía demasiado bien a Carter como para dudar ante la respuesta... Durante mucho tiempo estuvo pensando en ello: sabía que a Kevin sólo le importaba el aspecto profesional y que no habría ayudado a la niña, conocía su obsesión por lograr un disparo que conmocionara a todos pero, ¿cómo podía predicar solidaridad y compasión con sus fotos, si él mismo al hacerlas no tenía en cuenta estos sentimientos?

Alfonso siguió viajando y trabajando duro, pero cada poco tiempo solía acordarse de Kevin. Hasta que un día leyó en el periódico que aquella fotografía maldita le había acabado destruyendo: al fin cayó la coraza emocional, pero al hacerlo le arrastró hacia una profunda depresión y terminó suicidándose.

La crítica dijo que sería recordado por haber sido un hombre frío y un tanto inhumano, pero Alfonso siempre lo recordaría como un hombre que perdió su sombra en el camino de la vida.

MEXICATL

Rebeca Grande Marcos

A menudo es curioso como la ignorancia o el mero desconocimiento nos lleva por el camino más cómodo y libre de zarzas. Así, creemos obrar siempre de la mejor manera, sin darnos cuenta que en realidad se trata de una elección y una solución demasiado inconsistente y fugaz.

Tan sólo dos inviernos se sucedieron inmutables desde aquel día; aquel momento en el que mi pueblo vislumbró en la lejanía azul un gran pájaro de alas blancas y pico afilado como la más peligrosa de las rocas. Inocentes, le auguramos el papel de enviado de los dioses; un gran regalo que prometía con su vuelo acompañar las lluvias que parecían no ceder ante nuestros rezos.

Y entonces, empujados por las esperanzas que todos creamos de la nada cuando los tiempos son difíciles, guardamos nuestras lanzas y fiereza bajo llave y permitimos dejar escapar de nuestras bocas sonrisas honestas cuando él llegó.

Demasiado rápido el par de alas blanquecinas se tornaron tejidos, las entrañas hombres de una raza desconocida y nuestras esperanzas, asombro.

Desde ese día comenzamos a someternos no a nuestros enemigos los *chichimeca* o los *quexquémetl*, sino a aquellos hombres que provenían del *Viejo Mundo* y que hacían llamarse *españoles*.

Los *mexícatl*, descendientes del pueblo azteca, gloriosos siempre por guerreros temerarios, prósperas tierras o bellas mujeres, fuimos relegados a las partes más recónditas de lo que hasta entonces era nuestra vida. *Indígena* fue la palabra que eligieron para escupir desde el día en que, en nombre de Jesucristo y la Santa Iglesia Católica, comenzó la domesticación.

Los templos dedicados a *Chicomecóat*, *Cántico*, *Xochiquétzal*, *Quetzalcóatl*... repletos de herejía y diablos que nos empujaban a terminar con la vida de los nuestros en horribles ceremonias, fueron *gracias a Dios* destruidos ante nuestros ojos, los cuales debían estar abiertos en el momento en que se desmoronaba nuestro imperio.

Muchos meses se sucedieron mientras barcos y barcos llegaban a las playas. De ellos siempre descendían hombres pálidos como bebés, pero que hacía mucho tiempo que habían

olvidado la ternura. Sólo se acercaban a nosotros acompañados de arcabuces y el trato era tan frío como el metal de sus armas.

La mayor parte de nosotros perdimos el hilo que nos unía a nuestras familias. Llamados por la necesidad, fuimos conducidos a las tierras que solíamos llamar *hogar* y obligados a trabajar a merced de las apariciones y huidas del sol, perseguidos por el constante recordatorio grabado a fuego de nuestra condición de esclavos.

Pero sucedió que, tan sutilmente como las estaciones se dan paso o una semilla comienza a cobrar vida entre la hierba mojada, un corazón dolido entre tantos como había no pudo continuar dando la espalda a los Dioses. La ira que se acumulaba cada tarde que era llevado a escuchar atormentadoras palabras cristianas cobró forma el día que decidió actuar.

Aliado con la oscuridad de la noche, comenzó a buscar y a guardar las piedras que hasta hacía un tiempo presenciaban las ceremonias sagradas de los *mexicatli*. Buscó la soledad de la selva y lentamente creó los cimientos de lo que sería un pequeño templo secreto para todo aquel que necesitara consuelo.

Algunos de nosotros descubrimos la valentía de aquel antiguo guerrero y sumamos manos y coraje a lo que prometía ser el comienzo de una resistencia a los españoles.

Y así pasó el tiempo; meses en los que en la selva creció silenciosa una salida para tantos nuevos conversos que amenazaban con derrumbarse. Poco a poco los cimientos comenzaron a alzarse perezosos al cielo y a clamar el perdón de un pueblo que amenazaba con relegar al olvido a los verdaderos Creadores.

Sin embargo, ni el espeso y enmarañado cuerpo de la selva pudo servirnos de adarga y llegó el día que los españoles hallaron lo que tantas noches fue nuestro secreto y amparo.

Convencidos de la existencia de una red viva de aztecas que osaba hacer frente al mismo Catolicismo, comenzó una tormenta de indagaciones que alcanzó a todo mi pueblo y que sólo sirvió para hacer más grande la carga que nuestro honor debía llevar a hombros.

Desde entonces los rebeldes no pudimos hacer otra cosa que sumarnos a las cabezas y corazones gachos que poco a poco, tan sumisos como habían sido los animales salvajes a nuestras lanzas, aceptábamos nuestro naciente y amargo papel en el florecimiento del *Nuevo Mundo*.

Sólo aquel hombre que había puesto en marcha un delicado sueño a base de rocas ya condenadas a ser revestidas por la maleza continuó en su empeño. Y ni siquiera consintió el que parecía su destino el día en que tantos españoles custodiaron lo que había ocupado nuestras noches. Valeroso, cargó con lo que debía ser el último escalón del altar dedicado a Quetzalcóatl, mientras su cuerpo y su cansancio rozaba las armas de los extranjeros.

Pero lamentablemente, las amenazas que ansiaban caminar a su lado consiguieron al fin hacerse paso y desgarraron las entrañas del *mexicatl*, mientras el propio peso de su templo se le venía encima.

FINALISTAS

DEL CONCURSO DE RELATOS CORTOS ADULTOS

MI ABUELO LEÍA POEMAS AL SOL	<i>Susana Obrero Tejero</i>
SECRETO DE CONFESIÓN	<i>Manuel Mija Nieto</i>
ME ALQUILO COMO ABUELO	<i>María Aixa Sanz</i>
DE JIRAFAS SONRIENTES	<i>Concha García García</i>
IN MEMORIAM	<i>Oroncio Javier García Campo</i>

Premio Adulto de Relatos "CIGUÑUELA" 2008

MI ABUELO LEÍA POEMAS AL SOL

de Susana Obrero Tejero

MI ABUELO LEÍA POEMAS AL SOL

Susana Obrero Tejero

Mi abuelo siempre estaba leyendo poemas. Se sentaba al sol junto a los rosales y tardaba mucho en pasar las hojas, leía lento las palabras y los espacios blancos. Leía y sonreía mirando a las rosas, otras veces movía los labios en silencio y los versos que no recitaba viajaban por el patio junto a nosotros. A mi abuelo se le pasaban las horas leyendo poemas, le brillaban los ojos cuando cerraba su libro favorito y lo acariciaba sonriendo.

Yo le miraba todas las tardes enfurruñada y triste. Me gustaba mucho sentarme con él y verle tan feliz, pero su alegría no me contagiaba. Yo siempre estaba seria, no como mis hermanas que pasaban el día jugando y riendo sin parar. Apenas las hablaba, decían que yo era muy rara porque no me gustaban sus tonterías. Me mordía las uñas en cualquier rincón mientras ellas bailaban a mi alrededor siempre riéndose.

- Vamos –me achuchaba mi madre- baila y juega con tus hermanas.

Pero yo no llevaba lazos llenos de risas en mis trenzas y nunca encontraba una excusa para sonreír.

Me sentía como una triste loncha de mortadela entre los esponjosos panes de mis hermanas, yo era la sosa, la que estropeaba el bocadillo. Siempre jugaba sola, a nada, a mirar el mundo, a contar pájaros que se paraban en nuestra tapia.

Debe ser por eso que cuando salía al patio a ver a mi abuelo leer, él siempre levantaba la vista, me sonreía despacio y murmuraba

“La princesa está triste ¿Qué tendrá la princesa?”

A mí me gustaba mucho que mi abuelo me llamara princesa y que compartiera conmigo el secreto de mis tristezas. Él nunca me decía que jugara y bailara, él me sonreía y me acariciaba el flequillo y la punta de la nariz. Luego seguía leyendo poemas al sol y recitaba en silencio mirándome.

Cuando yo aprendí a leer mi abuelo me regaló un libro de poemas y me lo dedicó con la pluma que le regalaron sus compañeros cuando se jubiló. Su mano temblaba cuando dibujó palabras que bailaban en el papel y yo leí silabeando
La princesa está triste ¿Qué tendrá la princesa?
Te quiere. Tu abuelo.

Muchas tardes me sentaba en una silla pequeña a su lado y leía en silencio como él hacía. Oía cantar a los canarios y sentía el calor del sol y el calor de las sonrisas de mi abuelo. Leía los poemas despacito y me llenaba de alegría.

Darío se tumbaba a nuestro lado y movía el rabo y las orejas contento. A ratos perseguía a los pájaros o a mis hermanas bailando y se rascaba contra las patas de la silla antes de tumbarse, otra vez, sobre los pies de mi abuelo.

Fuimos creciendo y tras cada invierno volvían a florecer los rosales y mi abuelo seguía sentándose a su lado. Yo le llevaba la silla porque a él ya le fatigaba cargar con su viejo libro de poemas. Sus manos cada vez más delgadas me lo agradecían acariciando mi flequillo y la punta de mi nariz. Darío nos miraba con sus ojos ya ciegos y arrastraba sus patas traseras hasta llegar a nuestro sitio junto a los rosales. Ya no perseguía a los pájaros, ni a mis hermanas bailando, se sentaba con nosotros y se dejaba acariciar tras las orejas.

Una tarde me di cuenta de que ya no leía, mantenía el libro cerrado entre las manos y acariciaba las suaves tapas con sus dedos desgastados.

Le miré y él me sonrió diciendo

“La princesa está triste ¿qué tendrá la princesa?”

Nuevas rosas nacieron en nuestro patio mientras el libro de mi abuelo envejecía.

Por las tardes, lento, muy lento, se agarraba a mí y dábamos pasitos muy cortos arrastrando los pies

hasta llegar, por fin, a su silla en el patio junto a los rosales. Nos sentábamos al sol y él acariciaba su libro.

Una mañana Darío no se levantó de su vieja manta de cuadros y mis hermanas y yo le enterramos tras los rosales mientras mi abuelo dormía la siesta. Esa tarde al salir al patio, mientras los rayos del sol nos visitaban le dije:

-Abuelo, Darío esta mañana... -un llanto silencioso me interrumpió.

-No te preocupes- contestó mi abuelo señalando la tierra revuelta- ahí estará bien.

Poco a poco a mi abuelo se le fueron descolocando los versos y regaba a los canarios protestando a gritos porque las rosas ya no cantaban.

Se pasaba las tardes llamando a Darío

- ¿Has visto a Darío? ¿Dónde se habrá metido? No se ha bebido su agua.

Sentados al sol una tarde, mientras acariciaba su libro, de repente me preguntó:

-¿Cómo te llamas?

Yo le sonreí y acariciando su frente arrugada y la punta de su nariz le respondí:

-La princesa está triste.

Y él me miró preocupado y cerrando los ojos al sol susurró muy bajito:

-¿Qué tendrá la princesa?

Hace once meses que mi abuelo se marchó con Darío. Una mañana no se levantó, ni pudo salir a sentarse en el patio, al sol, junto a los rosales. Dejamos que su libro de poemas le acompañara en su viaje y también dejamos que se llevara el collar de Darío.

Me costó mucho seguir saliendo al patio sola, el sol apenas me calentaba, pero podía respirar la poesía que mi abuelo dejó flotando en el aire, digerirla y convertirla en mía.

Una tarde se me ocurrió un verso, y otro y otro... Noté que tenía el cuerpo lleno y que necesitaban salir.

Busqué en sus cosas y encontré la pluma de mi abuelo, la que le regalaron cuando se jubiló, y empecé a escribir.

Luego no pude dejar de hacerlo, cada tarde me sentaba junto a los rosales, al sol, y leía lento las palabras y los espacios blancos que había escrito el día anterior. Reuní una colección de poemas tristes, como yo, y los recitaba en silencio para que los escucharan mi abuelo y Darío.

Mis hermanas los movieron por ahí mientras yo veía crecer las rosas. Imagino que fue bailando y entre risas, la verdad es que no se como, pero consiguieron que los publicaran.

Esta tarde, en el patio, sentada al sol junto a los rosales, acaricio mi libro de poemas antes de mandarlo a la imprenta y escribo, dibujando palabras que bailan en el papel, la dedicatoria que mi editor espera.

"Para mi abuelo que leía poemas al sol y a las princesas tristes"

SECRETO DE CONFESIÓN

Manuel Mija Nieto

Ave María Purísima.

–Sin pecado concebida. Cuéntame, hijo, ¿qué pecados tienes?

–La verdad es que no estoy aquí por ningún pecado mío, padre, las penitencias de éstos ya las tengo marcadas en las espaldas. Estoy aquí por el pecado de otro hombre.

–¿Cómo? No te entiendo.

–Lo suponía. Deje que le cuente, padre, que así entenderá mejor.

–Cuenta pues.

–Mire usted, ésta es una historia que sucedió hace ya más de treinta años, en el lugar donde yo nací. Por aquel entonces vivía en mi pueblo una chiquita muy linda, buena muchacha, decente y trabajadora como ella sola. Una mujer de las que ya no se hacen, ¿verdad, padre?

–Cada vez menos, desde luego.

–La historia de esta muchacha había sido muy triste, ¿sabe usted? Se quedó huérfana siendo aún muy niña, debido a una de esas fiebres que tanto menudeaban entre el hambre y la miseria de la posguerra. Por suerte, aquella era una comunidad pequeña, uno de esos lugares donde aún existe la sana costumbre de ayudar al prójimo, aunque sólo sea para compartir la pobreza. Fue así que entre todos colaboraron en la crianza de la chiquilla, turnándose para darle cobijo, cariño, y un plato de comida caliente cuando se podía.

»Con el tiempo, y a pesar de las privaciones y los muchos trabajos a los que la situación la obligaron, la pobre huérfana llegó a la mocedad hecha toda una belleza, una de esas raras flores que a veces también medran en los lugares más necesitados. Todo el mundo tenía que hacer con ella: los unos porque estaban prendados de aquellos dos ojos, de aquella cara y de aquel cuerpo que tenía; los otros por la entereza y la gracia con las que afrontaba la vida a pesar de llevar ya tantas desgracias a cuestas.

»Como digo, estaba ya la niña en flor cuando, sorpresivamente, el hombre que era dueño de aquellas tierras,

incluyendo a las gentes que se dejaban el sudor y la vida en ellas, fue allí a pasar las vacaciones estivales. Venía el patrón con su mujer y su hijo, un muchacho también en edad de merecer, espigado, listo, recién aprobado en sus estudios y pendiente de desgajarse de su familia para irse unos años a seguir estudiando en otro lugar y hacerse un hombre de provecho, digno heredero del apellido que llevaba.

»Quién sabe si fue el destino, la suerte o la casualidad las que hicieron coincidir a aquellas dos almas en pleno despertar a la vida; lo único cierto es que la naturaleza, y la inevitable cercanía de aquel pueblo pequeño en el que era imposible que dos de sus habitantes no llegaran a conocerse, hicieron su trabajo.

»A pesar de todo nadie se enteró de aquello hasta un tiempo después, no se crea. Nadie se percató de aquellos primeros cruces de miradas, de aquellas palabras susurradas en encuentros aparentemente fortuitos. Nadie tuvo noticia de aquellas citas al abrigo de la soledad, ni de aquel primer beso. Nadie supo de aquel amor, ni que la niña se había hecho mujer antes de acabar aquel verano.

»Llegó por fin el día en que el patrón tenía que volver a la ciudad, y con él su mujer y su hijo. Muchas fueron las promesas que se intercambiaron en aquella despedida secreta, y muchos los planes que hicieron aquellos dos críos enamorados: que si ella esperaría el tiempo que fuese hasta que él fuera a buscarla, que si él aguantaría el tiempo necesario para emanciparse y zafarse del manto paterno para irse a vivir con ella... Las cosas de cuando uno es joven y aún no sabe cómo es la vida, ¿verdad, padre?

—Sí.

—Por desgracia, en este mundo en que nos ha tocado vivir incluso los actos de amor se pagan caro. La niña se dio cuenta de esto poco tiempo después, pero no fue hasta pasados unos meses que ya no pudo ocultarlo más y aquél secreto a dos dejó de serlo para convertirse en la noticia más comentada en mucho tiempo: la niña, la huerfanita, estaba encinta, a pesar de ser aún una cría soltera y a la que jamás se le había conocido pretendiente, formal o no.

»Como es natural la gente empezó a hacer cuentas y memoria, y fueron muchos los que llegaron a la conclusión de que aquel jovencito hijo del patrón, aquel muchacho guapo y simpático que pasó por el pueblo justo por la época en la que tuvo que sucederle eso a la niña, debía tener algo que ver con el asunto. Pero ella no dijo nada, ella tenía su secreto y aquellas promesas, y no le importaba nada más.

»El caso es que por fin llegó aquella noticia a oídos del patrón, un día que pasó por allí por cosa de unas rentas y unos terrenos. Y no crea que le gustó mucho lo que tuvo que oír, porque tenía unos planes muy distintos para aquel hijo suyo. Claro, que él era un hombre práctico, y además de posibles. Fue por eso, y por el inocente silencio de la niña, que no tuvo más que soltar unos cuartos de los que le sobraban para que al poco salieran tres diciendo que eran el padre de la criatura, o al menos que podían serlo.

»Imagínese usted lo que le cayó encima a aquella cría con esto, que de buenas a primeras pasó de ser la niña de los ojos de todos, como quien dice, a poco menos que una cualquiera que andaba por ahí, a escondidas, seduciendo a éste y aquel. Se le cerraron muchas puertas y muchos corazones, y la vida que nunca había sido fácil para ella se volvió aún más dura.

»Hasta el verano siguiente esperó, ya con un niño a cargo, e incluso un año más aguantó en espera de que al hijo del patrón le llegara la noticia y cumpliera como hombre por haberla hecho mujer, sin saber que la única noticia que le había llegado al joven era aquella infamia por la que su padre había pagado.

»En fin, que al final tuvo que marcharse de allí, pobre, sola, con un hijo al que criar y el corazón roto para siempre por aquel primer amor, que a la postre fue el único de su vida. Ya se puede usted imaginar las penurias que pasó después de aquello, los malos años, la soledad sin ilusiones y sin amigos.

»Con el tiempo terminó por olvidarse de esto, la herida se cicatrizó como pudo. Ella se conformó con el papel que le tocó jugar, y a pesar de todo dio gracias a la vida por haber podido sacar a su hijo adelante a base de sacrificios y de su propia salud. Pero yo no, ¿sabe usted? Siempre me dolió

mucho que ella tuviera que cargar con todo el peso de aquel pecado de juventud y que otra persona, aquella que compartió su secreto, ni siquiera tuviera conciencia del fruto de sus actos.

»Estando ella de cuerpo presente me prometí a mí mismo que buscaría a aquel hombre para contarle la verdad y desmentir todas aquellas infamias con las que su padre trató de proteger su futuro. Sí, porque, como me enteré tiempo después, el lugar al que tenía que marchar el muchacho después de aquel verano era un seminario en el que se preparan los futuros ministros de Dios; imagínese.

»Mucho tiempo me ha costado llegar a saber del paradero de aquel hombre, muchas preguntas, viajes e indagaciones. Por suerte la madre que tuve, aquella mujer que sólo a mí me contó su secreto a pesar de todas las infamias, que dio su vida para que yo pudiera salir adelante, me dejó en herencia toda la paciencia y el tesón del mundo a la hora de afrontar lo que creo que es mi deber.

»Así que esta es la historia que le tenía que contar.

-...

-¿No tiene nada que decir al respecto? ¿Alguna penitencia para ese hombre y su pecado?

-...

-Bueno, yo ya hice lo que tenía que hacer. Quede usted con Dios... padre.

ME ALQUILO COMO ABUELO

María Aixa Sanz

Dicen que en otra vida fui hombre, como ahora, y que nací en Turquía sobre el año mil trescientos cincuenta. Era librero. Presiento que tal vez vivía en lo que ahora es Estambul, Ankara o Bursa, más cerca del Mar Negro que del Mar Mediterráneo. Sí que sé que desde que tengo uso de razón mi vida ha estado relacionada con los libros. Desde niño y durante mi adolescencia leí, consulté y estudié todos los libros que encontré sobre ferrocarriles. Después de mayor me hice maquinista del ferrocarril. Trabajé en este oficio durante algo más de cuarenta años. Ahora he decidido alquilarme para ser abuelo. No tuve en su tiempo hijos por tanto no tengo nietos. Pero no descarto la opción de ser un abuelo postizo. Debe haber en el mundo algún niño a quién le falte un abuelo. Que note su ausencia tanto como yo noto que me falta un nieto o varios. Niños a quienes leerles todos los cuentos que he coleccionado durante toda mi vida. Niños a quien cuidar y divertir. También noto que cada noche sueño más, mientras duermo, con temas absurdos, como por ejemplo que soy aviador cuando todo el mundo que me conoce sabe perfectamente que yo tengo pánico a los aviones y además sufro de vértigo. También sueño con millones de japoneses mirándome sentados en los andenes por los que mi tren pasaba, el que yo conducía, pero yo nunca he estado en Japón y sé que nunca me ha mirado ni un japonés ni una japonesa. Y también sueño conquie participo en las Olimpiadas en salto de pértiga, aunque siempre me despierto sin saber si he saltado correctamente o he derribado el listón. Todo me resulta absurdo. Nunca he viajado fuera de Europa por el miedo a los aviones y porque en barco me parecía que estaba todo demasiado lejos, yo siempre he querido viajar en tren. Desde que soy jubilado cada uno de septiembre me levanto a las siete y cuarto de la mañana para ver amanecer el primer día del año después del verano. Preparo el curso escolar, este año me voy a matricular en un curso de francés, tengo el horario mirado, voy a ir los lunes, miércoles y viernes de cinco a siete de la tarde,

hoy iré a pagar la tasa de matriculación y luego me compraré un plumier con bolígrafos de colores y una libreta de hojas cuadriculadas. Me gusta el francés: *'Bonjour, monsieur. Bonjour, mademoiselle. Merci. Au revoir, madame'*.

He viajado en tren por toda Europa hablando en español, defendiéndome con gestos y articulando algunas palabras en inglés o en francés. El inglés no me gusta, no suena bonito en la boca de nadie, ni en los labios de Rita Hayworth, en cambio el francés es diferente. Rita Hayworth o Margarita Carmen Cansino, que resulta ser la misma, ha sido la mujer de mis sueños, un poco más mayor que yo, pero al fin y al cabo la mujer de mis sueños. Siempre soñaba que me hablaba en francés, yo no la comprendía mucho, pero igual podíamos vivir juntos y perdidamente enamorados. No era inconveniente. *'Je t'aime, Rita'*, *'Je ne te comprends pas, Rita, mais je t'aime'*.

Quiero un nieto como se quiere al oxígeno. No me importa ni el color, ni la raza, ni la nacionalidad, ni si es niño o niña. Quiero un nieto o una nieta o nietos o nietas que me hagan reír sin esperarlo, que me den un beso por sorpresa, que me llamen abuelo o simplemente Lucas. Quiero acostarme por la noche fatigado de tanto jugar con ellos. Quiero enseñarles los cuentos y las canciones que aprendí de niño. Y quiero hablarles de Rita y de sus películas. Les contaría la historia de Gilda o la de la dama de Shanghai o la del fabuloso mundo del circo.

Anoche desperté delante del televisor en la pantalla estaba nevando como si estuviera en el pico de un ocho mil, me asomé a la ventana eran las cuatro de la madrugada y estaba lloviendo, oí el pitido de un tren de mercancías, vivo a dos manzanas de la estación del ferrocarril. Comí un trozo de chocolate y me fui a dormir a la cama. Estoy seguro que la falta de nietos se manifiesta en mi cuerpo con las ganas que tengo de comer chocolate, si por mi fuera y no tuviera en cuenta

ni la edad ni los kilos ni el azúcar, siempre estaría comiendo chocolate.

UN MES Y MEDIO DESPUÉS...

Las hojas del calendario y los días han pasado como sacudidas por un vendaval. Va a llegar la Navidad y no quiero estar solo. Cuando abro el balcón el aire del otoño mueve las cortinas y oigo cómo pasan los trenes como los días. Me abrigo con una chaqueta vieja pero prefiero tener las ventanas abiertas y sentir el aire y el frío antes que no oír el pitido de los trenes que salen de la estación, con la intención de regresar mañana. El viajero al tren ha cambiado por un pitido seco, identificador y hasta en el fondo estremecedor. Me siento junto al balcón con la puerta abierta en las horas que me dejan libres las clases de francés. 'Viajeros al tren'. *'Voyageurs au train'*.

Debería ser más fácil poder encontrar un nieto o una nieta o varios. Me alquilo como abuelo. ¿Que quieren que cuelgue un cartel en la barandilla del balcón?. "Me alquilo como abuelo durante todo el día y la noche si es preciso. Gratis. Referencia: Lucas Aguilar."

Daría lo que fuese por poder volver a pisar el territorio de la infancia. En la pared del salón tengo colgada una fotografía de la locomotora 540 F 2705 del año 1951, una locomotora que tenía todo el aspecto de comerse el mundo, junto a ella me gustaría tener fotografías de niños, de otros niños que no fuésemos mi hermano y yo cruzando los raíles del ferrocarril cuando apenas teníamos cinco años.

Me enteré que en la sala de al lado de donde yo asisto a las clases de francés, un jueves a las seis, daban una charla una ONG sobre los proyectos que realizan en Bolivia, Perú, El Salvador, Guatemala, Bangladesh, la India y la República de Malí. Decidí ir. Siempre había sentido curiosidad por las oeneges, hasta incluso una vez pensé que hubiera sido bonito en otro tiempo irme de voluntario a algún país donde de verdad hiciera falta, ya que aquí poca cosa me ha atado. Pero se me

presentaba el problema de toda la vida, el miedo o terror que tenía a los aviones y claro a ciertos lugares no hay otra forma de llegar. Así que asistí el jueves a las seis, la charla la daban dos chicas jóvenes, muy jóvenes. Nos dieron unos trípticos y nos comentaron la posibilidad de apadrinar a un niño o niña de alguno de los países donde ellos concentran sus esfuerzos mediante proyectos de escolarización y medicina. En aquel momento se encendió una luz dentro de mí. Una luz de esperanza. Nos dijeron que por una aportación económica mensual podíamos ser los padrinos de un niño o una niña, tendríamos su fotografía y podríamos escribirle cartas y mandarle regalos, él o ella también nos mandaría cartas de cuando en cuando. Y vi una luz de esperanza en la cara de un niño que no imaginaba como era. Me fui a casa andando ensimismado en mis pensamientos, una fotografía y unas cartas, repetía mi cabeza. 'Una fotografía y unas cartas'. '*Une photographie et des lettres*'. 'Un niño o una niña'. '*Un enfant*'.

No dormí en toda la noche, parecía que Dios o el cielo me hubiese puesto la posibilidad en mi camino. Cuando llame por teléfono para tramitar el apadrinamiento, aún no supe si tendría niño o niña. Tuve la sensación de estar embarazado. No sabía el sexo de mi niño. Ni la nacionalidad, ni la edad, ni como se llamaba. Porque aunque no había dado a luz y yo sentía inquietud, frenesí y nerviosismo, una sensación que se repitió durante días, mi niño o niña ya tenía nombre. Tenía la intriga que deben tener todos los padres del mundo cuando están embarazados, quería ver la cara de mi niño o mi niña. Llamé de nuevo por teléfono: " Señorita, señorita, la semana pasada apadriné a un niño o a una niña, ¿cuándo me llegará su fotografía? ¿cuándo le podré enviar un cuento?. La señorita me atendió muy amablemente me pidió mis datos y me dijo que ya tenía asignado un niño, se llama Eler y es peruano. Pronto recibirá la documentación. Muy amable señorita." Me sentí como si hubiese roto aguas, era niño y se llamaba Eler. Me sentí feliz. Me sentí inmensamente feliz. Tengo

un niño que se llama Eler. Y aún tuve más ganas de conocer su cara y de saber si el niño estaba bien. ¿Cual era la cara de mi niño?. Un niño que podía ser perfectamente mi nieto. Nadie sabe cómo anhelaba ver la cara de mi nieto. *'La face de mon petit-fils'*. Tuve ganas de tener la fotografía entre mis manos para luego colgarla junto a la de la locomotora y a la de mi hermano. Pasaban las horas como descolgándose del árbol de la ilusión, mis viajes al buzón eran continuos, con la esperanza de encontrar la documentación de mi nieto. Junto a las horas pasaron un par de días o tres no lo recuerdo bien, y un mediodía allí estaba una carta gruesa dirigida a mí. La abrí y leí la carta y leí el proyecto que realiza la ONG en Perú, gire cuidadosamente la fotografía sin mirarla y postergué el encuentro con la cara de mi nieto unos minutos. Debía estar preparado. Aquella cara formaría parte de mi vida. Iba a conocer a mi nieto y eso no pasa todos los días. Respiré hondo sabiendo que era el comienzo de una relación, sabiendo que comenzaba un nuevo capítulo en mi vida. Cuidadosamente volví a girar la fotografía, yo tenía los ojos cerrados y los abrí. Encontré la cara de un niño sano, moreno y guapo. No miento. Noté cómo surcaban por mis mejillas unas lágrimas. Mi nieto era guapo, no como yo. Estaba realmente emocionado. Y en ese mismo instante supe que quería a aquel niño que llegaba a mí desde el Perú. Bese la fotografía. Sabía de manera certera que era lo mejor que había hecho en toda mi vida. Apadrinar a Eler. Miré cual era la fecha de su cumpleaños, el ocho de marzo, todavía quedaba tiempo, solamente casi estábamos en Navidad. Rememoré inconscientemente momentos en los que mi hermano y yo teníamos su edad. Dentro de lo que cabe nos lo pasábamos bien. Recordé los momentos brillantes. Recordé los libros que leíamos de la biblioteca del médico inglés y pensé si Eler disfrutaba igual de los libros. Si tenía libros a su alcance. No puedo imaginar un mundo sin libros. Una infancia sin cuentos. Me resulta

horroroso. Yo haría todo lo que estuviera en mis manos para que mi nieto tuviese libros que leer.

Cuando mi hermano y yo éramos unos críos, a tres calles de nuestra calle, vivía un médico inglés y a su casa acudía mi madre acompañada de nosotros para llevarse la ropa sucia y lavarla en el lavadero municipal, luego plancharla y devolverla perfectamente doblada. Mientras mi madre recogía el fardo de ropa, nosotros entrábamos descubriendo mundos a una habitación grande y amplia que era a la vez biblioteca y despacho del médico inglés, las paredes estaban forradas de libros, una estantería al lado de otra sin dejar un solo hueco para nada más, esa fue la primera biblioteca que pisé en mi vida. Así la recuerdo. El médico inglés estaba sentado en una mesa de roble de patas torneadas, le veíamos apenas la cara por la luz de una lámpara verde que tenía encima de la mesa, una luz mortecina. Aunque la habitación daba a la calle, las persianas permanecían medio cerradas dejando solo pasar canutillos de luz exterior, cuando íbamos eran las cuatro de la tarde pero nunca vimos las persianas subidas, decían que el médico inglés no se acostumbraba al sol. A la cantidad de luz que hay fuera de Inglaterra. Parecía que en aquella habitación no existía el tiempo, sin embargo oíamos a nuestras espaldas el tictac de un reloj. El médico inglés era un hombre pequeñito que nos dejaba merodear por su biblioteca y coger los libros que quisiésemos, después mientras esperábamos a nuestra madre, nos sentábamos en las dos butacas que había delante de su mesa, allí ojeábamos en penumbra el libro que habíamos escogido, él siempre estaba enfrascado con o entre un fajo de cuartillas.

Después fui visitando todas las bibliotecas que se cruzaron en mi vida. Luego cuando me hice maquinista compraba libros sobre el ferrocarril y novelas y empecé a hacerme mi propia biblioteca. Disfrutaba leyendo. Disfrutaba mirando las tapas de los libros. Pasé muchas horas felices. Y cuando tuve cierta edad empecé a

coleccionar cuentos para mis nietos. Esos que nunca tuve hasta ahora.

Empiezo a querer saberlo todo sobre el Perú, de pronto, ese país se ha convertido en una parte esencial de mi vida. Y estudio sobre Perú. Si alguien me pregunta sobre Perú le diré, capital Lima, el lago Titicaca, los Andes, el Machupicchu, poblaciones a más de cuatro mil metros de altitud, casas de adobe, niños de tres años que están trabajando, niños que no conocen ni las letras ni los números, ni una escuela, ni jugar, ni reír, niños que no deberían perder la infancia, ni la salud, ni la escolarización. Siempre he creído que la patria es nuestra infancia. Pero sobre todo si me pregunta alguien por Perú, le diré que de allí es Eler, mi nieto. *'Mon petit-fils est du Pérou'*. Salí y compré un marco para la fotografía de mi nieto, luego la colgué junto a las otras dos. Y cada vez que la miro, noto que se abre una luz en el fondo de mi cuerpo que se refleja en mi cara. Es como poseer un tesoro. Es saber que estoy haciendo algo bien. Es una luz que brilla como la vida. Mi nieto es bello.

DOS MESES Y MEDIO DESPUÉS (POCO ANTES DE NAVIDAD)...

Acabo de recibir con ilusión una carta de la ONG contándome que Eler, mi nieto, ya ha recibido mi primera carta y mi regalo. Esta carta me llega a la vez que yo veo por televisión unos reportajes sobre Perú. Como si todos los elementos del mundo se juntaran para que yo pueda conocer la realidad en la que vive Eler. Por una parte tengo noticias sobre los setenta mil muertos que hubo entre las décadas de los ochenta y los noventa, sobre todo en la población rural. Población golpeada por la dictadura de Fujimori y Sendero Luminoso. Veo las fosas comunes y oigo que es lo que hacían con los cadáveres. ¡Cómo puedo imaginar que un niño se puede educar y jugar así y ahí!. Me duele en lo más profundo del alma. Al día siguiente veo otro reportaje que pertenece al invierno pasado en Perú, donde inesperadamente la

nieve y una tempestad azotan las mismas casas de adobe. La gente llorando pedía mantas. Ya que uno sea de donde sea cuando tiene frío pide una manta. Y pienso que Eler y muchos niños más, gracias a proyectos como los de esta ONG tienen su manta y su comida caliente. Es verdad que me siento como si estuviera haciendo algo bueno. Es verdad que mi nieto puede vivir un poco mejor.

Fuí a la estafeta de correos, me encanta la palabra estafeta nunca la tendrían que haber cambiado por oficina de correos. Es una palabra que tiene sabor a viejo, aire de nostalgia.

Fuí a la estafeta de correos a enviarle una carta a Eler.

-¿A Perú? -me preguntó la señorita que atendía el mostrador de la estafeta.

-Sí, a Perú.

-Cuatro euros con setenta y cinco -es el precio de enviar una carta de presentación y un libro de regalo a Eler. Escogí regalarle 'El Principito' de Antoine de Saint-Exupéry, porque aparte de bello creo que es uno de los libros que debería tener todo el mundo y leerlo varias veces a lo largo de su vida. No quiero que mi nieto crezca sin libros.

Sé que aunque físicamente estamos distanciados mi nieto y yo, él, el pequeño Eler me recompensa y me aporta más felicidad de la que yo le puedo dar. Le enviaré un libro cada mes hasta que allí, en el Perú, él tenga su pequeña biblioteca. '*Sa petite bibliothèque*'. Él me regala ilusión y ratos felices, compañía y trasiego de cartas y paquetes. Paso días pensando qué libro regalarle, cual escoger, revoloteando por las librerías, como mariposa en primavera, envolviendo paquetes. Yo le regalo libros para que sea el día de mañana un hombre de bien. Ésa es mi idea. Como el médico inglés hizo conmigo y con mi hermano. Estoy pensando en regalarme para Navidad la compañía de una nieta. '*Une petite-fille*'. Apadrinar una niña y así tener la parejita, la que nunca tuve. Aunque eso como he contado no depende de mí, tener una nieta o un nieto depende de

alguna ley escrita en la suerte del Universo. Pero ahora son ellos los que me ayudan a vivir y los que me hacen que no me sienta solo. Ahora es Eler, mañana o la semana que viene, será Eler y seguro que alguien más, repetiré la experiencia y pondré el empeño en hacerle la vida más fácil a otro niño o a otra niña. Les ayudaré a que sean personas honradas y cultas.

Ahora voy a transcribir la primera carta que le envié a Eler, mi nieto, tuve la tentación de firmar llamándome: “tu abuelo postizo”. *“Ton faux grand-père”*. Pero eso son cosas mías, no son cosas de niños.

Mi querido Eler :

Te acabo de conocer en una fotografía. Yo me llamo Lucas. Lucas Aguilar. Vivo en España, tengo setenta años, ya sé que te parecen demasiados. Soy maquinista de tren. He ido toda la vida por los raíles conduciendo locomotoras. Me gustan los trenes. Espero que esta carta sea la primera de muchas. Cuando te he visto en el retrato me has parecido un hombrecito guapo e inteligente. Sabes, me he dado cuenta que con las letras de tu nombre: ELER, se puede construir la palabra LEER, que junto a las palabras: vida y amor, resulta ser una de las palabras más bonitas del mundo. A mi me gusta mucho leer, deseo que a ti también. Ya qué entre los libros podrás encontrar tus sueños e ilusiones. Deseo que me cuentes historias, deseo que me escribas.

Espero que este momento también sea bonito para ti.

Junto a esta carta, te regalo el cuento titulado ‘El Principito’, es un libro pequeñito y muy bonito. Uno de mis preferidos.

Te mando desde aquí muchos besos y abrazos,

Lucas Aguilar.

DE JIRAFAS SONRIENTES

Concha García García

Me voy, dejo la ciudad. Esta puñetera ciudad que ha conseguido teñirme el alma del mismo negro que ensucia el aire que respiro todos los días. Aquí me ahogo. Mientras hago las maletas, siento cómo me vacío, cómo vierto mis residuos tóxicos. Voy a dejar toda mi basura aquí, en esta habitación, donde tanto he llorado. Ahora que me marchó, me pregunto por qué habré nacido en el lugar equivocado. Estoy segura de que por ese motivo me han pasado las cosas equivocadas. Quizá las haya provocado yo, en un autodestructivo acto de rebeldía.

¿Lo quise alguna vez? Sí, aunque ahora me cueste creerlo, hasta la primera bofetada lo amaba locamente, luego ya no. El bebé no llegó a nacer, él no le dejó, sus puños no le dejaron. Todavía no sé qué siento al respecto y me asusta. No he derramado una sola lágrima por mi hijo nonato. A veces pienso que soy mala persona, por eso a lo mejor ha sido bueno para él no haber nacido. Total, para tener un padre maltratador y una madre mala persona... Otras veces pienso que no lo quería, porque también era su hijo, y eso no hace más que reafirmarme en mi creencia de que soy cruel. Mi amiga Elena dice que no lo soy, todo lo contrario, y que es normal que me sienta así. Sólo han pasado cuatro meses y todavía tengo que poner en orden mi vida, mi cabeza y mi corazón. Seguramente tiene razón, pero no consigo dejar de verme como una cucaracha culpable. También me dice que debería ir a un psicólogo.

Él ha muerto. Un cáncer se lo llevó con tan solo 41 años. ¡Que se joda! Su final no está equivocado. A pesar de la dureza de lo que digo, no me siento mal. No me siento culpable por alegrarme de que haya desaparecido de mi vida, y, en general, de la vida. Sólo hay una cosa que no puedo perdonarme: el haberle permitido hacerme todo esto, yo lo podía haber evitado y, sin embargo, me quedé con él. ¡Dios! ¿Por qué me quedé con él? El día que murió, mi exsuegra me llamó por teléfono para rebautizarme como zorra y acusarme de haber matado a su hijo con “la mierda del divorcio”. No se lo tuve en cuenta: era su madre, y aunque nunca fue santo de mi devoción, me hice cargo, en la medida de lo posible, de su situación.

Elena es lo único bueno que dejo aquí. No tengo a nadie más. No he sido capaz de decirle que me voy. Le mandaré una carta cuando esté donde quiera que vaya a estar. Sé que se va a preocupar mucho y que va a intentar rescatarme, pero yo no quiero que me rescaten, sólo quiero salir de aquí.

La estación se me antoja como una gran pastelería, con muchos pasteles diferentes, de los que sólo puedes coger uno. Es difícil elegir, cualquiera de ellos es exquisito y perfecto, pero tengo que decidirme por uno. Bien, ya lo he hecho, ya tengo mi billete. Me aferro a él como si fuera un bote salvavidas en mitad del océano y yo una pobre náufraga. A fin de cuentas es lo que soy. Estoy sonriendo. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Eso es bueno, eso me dice que soy capaz de no sentirme siempre fatal. Con un poco de suerte, algún día hasta soy feliz y todo.

Según van pasando los minutos y los kilómetros y el paisaje ya puede llamarse paisaje, noto mi pecho descomprimiéndose. Ese peso continuo al que me había acostumbrado y de cuya existencia apenas era consciente, se va aligerando. Sin duda, he hecho bien marchándome. La gente dice, y seguramente con razón, que de los problemas no se puede huir, que van contigo donde quiera que tú vayas. Me parece muy bien y no cabe duda de que mi equipaje tiene mucho más que sólo ropa, pero yo me siento mejor lejos de allí.

Me he dormido durante el viaje y he tenido un sueño bonito. No sé cuál, pero era bonito. Lo sé porque me he despertado contenta. No recuerdo la última vez que me pasó tal cosa. Ya hemos llegado. Tengo las piernas entumecidas. Una vez en tierra firme, estiro mis agarrotados músculos y tomo aire, una gran bocanada de aire limpio. Aquí no hay contaminación. Acabo de llegar pero creo que este sitio me va a gustar. He preguntado por algún lugar económico para alojarme y una amable señora me ha recomendado un hostel muy aseado y barato. La mujer tenía razón, es un lugar acogedor, sin grandes lujos, pero muy agradable y ciertamente limpio. También tenía razón con respecto al precio. ¡Qué diferencia con mi (ya no es

mía) ciudad! Allí todo es mucho más caro, incluida la felicidad. Por cierto, me gusta el nombre del hostel, me transmite paz: un gran cartel amarillo con letras moradas reza “Hostal Nuevo Amanecer” en la segunda y última planta del establecimiento. Puede que sea tonto, pero lo cierto es que un nombre cursi en un letrero ajado me produce más bienestar que toda mi vida pasada (ya la llamo pasada, me gusta).

Tengo que buscar trabajo, pero hoy sólo me voy a dedicar a pasear. Quiero empaparme bien de este sitio. No sé cuánto tiempo voy a estar, pero de momento es mi hogar, y así quiero que sea. En la tienda de enfrente se puede leer en el escaparate “SE NECESITA DEPENDIENTA”. Me acerco, no vaya a ser que por dejarlo para mañana, se me adelanten. Es una tienda de ropa de niños. Me han preguntado mi edad, experiencia y otras cosas. Con respecto a la edad no he mentido, en lo de la experiencia, sí. Me han dicho que podría empezar mañana mismo. Les he dicho que sin problema. ¡Qué suerte tengo! Me parece mentira decir esto, nunca me he considerado afortunada, quizá porque nunca lo he sido.

Me gusta este lugar. Es tranquilo, bonito, acogedor. La gente camina despacio. Ahora caigo en la cuenta de que debería buscar algún sitio para vivir, una casa quiero decir. Vivir en un hostel no me parece buena idea. Pero, tampoco me quiero agobiar. Además seguramente, los que mejor me pueden informar e incluso aconsejar son la propia gente de aquí. Mañana, en la tienda, preguntaré.

¡Qué parque tan bonito! Además es enorme, y más teniendo en cuenta que este sitio no es muy grande. ¿Cuántos habitantes tendrá? Ya me iré enterando de cosas. ¿Cuánto tiempo estaré aquí? Toda mi vida ahora es una incógnita, pero no me importa, es mi incógnita.

Mañana mismo llamaré a Elena. Lo de la carta me parece ruín y cobarde y ella no se merece eso.

Tengo mucho sueño. Me meto en la cama y me duermo enseguida. Me he despertado muy descansada. He dormido profundamente. Tengo ganas de empezar el día. Me pongo guapa para ir a trabajar. Voy andando hasta la tienda. Son sólo diez minutos. Aquí todo está cerca. Me encanta caminar, así que aquí voy a disfrutar mucho. Se puede ir a todas partes andando.

Mi jefa es una mujer muy agradable. Me ha dicho que su cuñada tiene una casa libre, porque se ha ido a vivir a la ciudad y quiere alquilarla. Hemos quedado en ir a verla a la hora de la comida. Es curioso cómo aquí todo está al alcance de la mano. Es todo muy fácil. Casi se podría decir que las oportunidades te buscan a ti. Sin duda, me gusta esto.

La tienda tiene ropa de niños y también de bebé. Mi jefa me explica dónde está todo. Me vengo abajo cuando empiezo a ver toda esa ropita. No puedo evitarlo y empiezo a llorar. Celia, mi jefa, me abraza, sin preguntar. Simplemente me abraza hasta que las convulsiones del llanto cesan y me calmo un poco. Cuando nos separamos, pone suavemente su dedo índice bajo la barbilla y me levanta la cara. Nos miramos unos segundos y veo que está compartiendo de alguna manera mi dolor. Lo veo en sus ojos. Sigue sin preguntar nada. Sólo me dice que si no me siento bien, me puedo ir y volver más tarde. Se lo agradezco y le digo que prefiero quedarme. Ya me encuentro mejor.

Me gusta la casa de la cuñada de Celia. Me la voy a quedar. Tiene un tamaño ideal para mí y es bastante asequible económicamente. Está aún más cerca de la tienda que el hostel. Celia me ha dicho que me puedo trasladar cuando quiera.

He vendido dos pantalones de niño y una toalla de bebé, con una jirafa amarilla muy sonriente. Siento mucha envidia de la mamá que me compra la toalla. Hago un esfuerzo para no romper a llorar otra vez mientras atiendo a la mujer.

Me voy al hostel, después de mi primer día de trabajo. Estoy deseando llegar para pensar en la toalla con la jirafita sonriente. Inconscientemente me toco el vientre. Estoy llorando, pero no me importa: mis lágrimas me purifican. Ya sé lo que siento por mi bebé. Lloro, lloro, lloro.

IN MEMORIAM

Oroncio Javier García Campo

A veces, algunos hombres pierden la razón y se lanzan a guerras, que siempre son totalmente irracionales: la Tribu, la Patria, la Religión, el Honor, el Partido...cualquier pretexto sirve para justificar sus ambiciones de dominio, de poder, de riquezas...que todos acabamos pagando con vidas y sufrimientos sin fin.

Juan tenía 23 años, estaba casado y tenía un hijo. Aquel año su padre le había dado las tierras que tenían, para que las sembrara de su cuenta a cambio de una pequeña renta. ¡Con qué ilusión las aró y sembró! ¡Al fin tenía una labranza propia con la que mantener a su familia!

La cosecha se presentaba espléndida. Las espigas cargadas de granos maduros parecían querer reventar. A mediados del mes de Julio comenzó la siega. Ese día Juan madrugó más que nunca, enganchó a la Galana y al Tordo en el carro, fue a la parcela que tenía en el “Picacho” y comenzó a segar con una ilusión y unos ánimos que nunca había sentido. Al mediodía ya tenía ante sí un buen rastrojo. Comió y, sin descansar, continuó el trabajo con afán renovado, sin dar importancia al sol que caía a plomo sobre su espalda encorvada para manejar el ocino. De pronto, al dar la vuelta a un surco, vio una nube de polvo que se acercaba por el camino. Era un camión.

El vehículo llegó donde él estaba y paró. De la cabina salieron dos hombres con pistolas en el cinto, que preguntaron:

-¿Eres tú Juan García?

-Sí señores, yo soy. ¿Qué se les ofrece?

-Tienes que venir con nosotros. Sube al camión.

-Y qué es lo que quieren ustedes de mí?

-Ha comenzado la guerra y has sido movilizado. Sube deprisa que no hay tiempo que perder. Nos vamos.

-Pero yo tengo que segar mis tierras. Si me voy se perderá toda la cosecha.

-La patria te necesita. Está en peligro y hay que salvarla; eso es lo más importante.

-Y mi mujer y mi hijo, ¿Qué va a ser de ellos sin mí?

Le subieron de un empujón a la parte trasera del camión, que arrancó, sin darle más explicaciones. En el mismo camión le dieron un uniforme y un fusil y se lo llevaron al Alto de los Leones, donde se libraba una de las primeras batallas de la guerra. Juan no había estado en la mili. Se libró porque su padre era muy mayor. No sabía lo que era un fusil ni cómo

manejarlo, pero no tuvo más remedio que cogerlo y hacer lo que le mandaban.

Cuando llegaron a la sierra los republicanos estaban en el lado sur y los nacionales en el norte. El jefe que les mandaba los llevó a la cima de la montaña y los distribuyó en pequeños grupos entre peñascos. A poco anocheció, quedando Juan y otros dos compañeros solos en la noche, sin saber por qué ni para qué estaban allí. ¿Qué tenían que ver, ni qué hacer ellos en aquella guerra?. ¿Qué harían si venían los republicanos? Si no sabían ni cómo cargar el fusil. Juan pensaba en sus tierras abandonadas, en su mujer y su hijo. ¿Qué iba a ser de ellos si le mataban?. Sumido en estas cavilaciones pasó la noche.

Al amanecer comenzó un gran tiroteo y, al poco, apareció un grupo de milicianos disparando; mataron a sus dos compañeros, y a él le hicieron prisionero. Le llevaron al pueblo de Guadarrama. Le encerraron en el calabozo del ayuntamiento y se olvidaron de él. Allí pasó tres días sin comer ni beber, ni ver a nadie... Sin atreverse a decir nada por miedo a que le mataran. Al cuarto día, viéndose desfallecer y casi sin fuerza, comenzó a golpear la puerta; al principio despacio y levemente, después ya desesperanzado con todas las fuerzas que le quedaban, que ya no eran muchas. Al cabo de un rato apareció un guardia civil que, al verlo le pregunto:

-¿Qué haces tú aquí?

-Los milicianos me cogieron prisionero, me metieron aquí y no he vuelto a ver a nadie. Llevo tres días sin comer ni beber.

El guardia se fue, y al poco volvió con una lata de sardinas, un trozo de pan y una cantimplora de agua. Al día siguiente le llevaron a un campo de prisioneros, donde pasó más de un año. En todo este tiempo no supo nada de su casa, ni de su familia. Allí conoció a un compañero de cautiverio al que llamaban "*El Pira*", porque sólo pensaba en fugarse de allí. Había ido a la guerra voluntario para luchar contra el ejército de la república y quería pasarse al lado de los suyos para seguir luchando.

Un día llegó al campo un oficial del ejército republicano. Formó a todos los prisioneros en el centro del campamento y les dirigió un discurso patriótico, invitándoles a unirse al ejército de la república, para acabar con el fascismo. El “*Pira*” vio llegada la ocasión de poder escapar; habló con Juan y los dos se apuntaron para ir con el oficial. Esto les llevó al frente de la batalla, a una de las posiciones de vanguardia. Un destacamento que estaba a sólo quinientos metros de las líneas nacionales; una avanzadilla muy peligrosa. A pesar de ello, el frente durante muchos días estuvo tranquilo. En no pocas ocasiones se hablaban entre las trincheras republicanas y las nacionales, y algunas veces se intercambiaban periódicos y alimentos:

-¡Hola fascistas! Tenemos naranjas, ¿Cuánto tiempo hace que no las veis?

-El mismo que vosotros no probáis los plátanos, que tenemos nosotros, ¡Rojillos!

-Pues ahí os mandamos un macuto con naranjas y mandarinas. Nos lo devolvéis con plátanos. ¡Ah! Meted también un paquete de tabaco y un librito, que hace mucho tiempo que no fumamos.

Allí pasaron más de dos semanas, metidos en la trinchera y sin disparar un solo tiro. Hasta que un día se presentó un fuerte temporal de lluvia y viento. Ese día el “*Pira*” le dijo a Juan:

-Juan, esta noche nos pasamos al otro lado.

-Sí, pero ¿cómo lo haremos sin que nos vean?

-Tú haz lo que yo te diga. A las doce me toca hacer guardia a mí. Tú te acuestas separado de los demás, y cuando yo te llame sígueme sin decir una palabra.

A las doce cambiaron la guardia y, media hora después, cuando todos dormían tranquilamente, “*El Pira*” cogió una ametralladora y mató a todo el destacamento. Juan horrorizado por lo que acababa de ver gritó:

-¿Pero qué haces? ¡Yo no quiero huir de esa manera! Son compañeros nuestros, que nunca se han portado mal con nosotros.

-Calla y sígueme, si no quieres morir tú también.

Los dos saltaron la trinchera y corrieron hacia las avanzadillas nacionales, que al oír los disparos de la ametralladora, comenzaron, a su vez, a disparar en todas direcciones, obligando a los dos fugitivos a tumbarse en un hoyo lleno de barro y agua, que les calaba hasta los huesos, y a permanecer allí inmóviles hasta el amanecer. Juan no pronunció una palabra en toda la noche, estaba aturdido por la impresión que le causó la matanza de su compañero, al que no se atrevía a mirar.

Cuando al fin amaneció, *“El Pira”* se levantó lentamente y gritó a los centinelas:

-No disparéis; somos de Valladolid y venimos a pasarnos a vuestro lado.

-¿Cuántos sois?

-Dos.

-Pues levantad los brazos y avanzad lentamente.

Juan, como un autómatas, siguió a *“El Pira”* sin decir nada, casi inconscientemente. Los centinelas los registraron y los llevaron ante el capitán que, tras interrogarlos y comprobar que era cierto lo que decían, telegrafió a sus familias, comunicando que los dos estaban vivos.

Poco tiempo después *“El Pira”* fue condecorado. Juan estuvo varios días enfermo sin poder levantarse de la cama, con una fiebre muy alta, presa de horribles pesadillas, que le producía el recuerdo de la escabechina de su compañero, al que todos miraban como a un héroe. Cuando al fin pudo levantarse, le mandaron a casa con un mes de permiso, para que se repusiera de aquella enfermedad que, sin duda, contrajo la noche que pasó en la zanja cubierto de agua y barro, en su fuga del bando republicano al nacional y que, después, pasó cuenta durante toda su vida, a él y a su familia.

Las tierras de Castilla la Vieja, desde el principio de la guerra habían quedado, prácticamente en su totalidad, fuera de las

zonas de combate, pero ello no significó que no sufrieran sus consecuencias. En lo material, salvo algunos bombardeos realizados por la aviación republicana, apenas hubo destrucciones. Pero en lo moral, sentimental y humano, los sufrimientos fueron iguales que en cualquier otra parte de España. Hubo muchos muertos. Rara fue la familia que no tuvo que llorar a uno o varios de sus miembros. Unos morían en el frente de batalla y a otros, sobre todo los primeros días de la guerra, los sacaban por la noche de sus casas y al día siguiente aparecían muertos en el campo o en la puerta del cementerio. Todo esto producía una sensación de terror muy difícil de superar.

Cuando se llevaron a su marido, María quedó sola con su hijo, y si muchos fueron los sufrimientos que Juan pasó en la guerra, no fueron menos los que ellos padecieron solos en su casa. Vivían con gran estrechez, pero no pasaban hambre. A las mujeres y los hijos de los combatientes les daban un pequeño subsidio; pero el dolor, la soledad y el miedo no se pueden aliviar con dinero.

María vivía sola con su hijo. Desde el día en que se llevaron a Juan nadie les comunicó nada; ni dónde estaba, ni si estaba vivo o muerto. Javier, que así se llamaba el niño, a pesar de su corta edad se sentía solo y desprotegido sin su padre. Y aún más cuando oía las conversaciones de los mayores, que él agrandaba en su mente con las fantasías propias de los niños:

-¿Os habéis enterado? Al hijo de la Juana lo han matado en el frente.

-A mí me han dicho que al alcalde de Casarejo le han sacado de su casa y le han encontrado muerto a la puerta del cementerio.

-Pues al tendero del Villar también le han matado.

-¡Pero si ése nunca se metió en política!

-Dicen que ha sido una venganza, por un pleito que tuvo hace años. Como ahora cualquiera mata a otro y nadie le pide cuentas...

Todo esto se comentaba en voz baja, sólo con las personas de confianza, y siempre con el miedo de que alguien pudiera oírlo

y denunciarlo. Esto a los mayores les atemorizaba, pero los niños lo escuchaban y, sin que se dieran cuenta, se les metía dentro y les hacía mucho más daño.

Una noche estaban María y su hijo en la cocina de su casa, con la luz apagada y la puerta y las ventanas cerradas, alumbrados por una vela. La luz eléctrica la cortaban poco después del anochecer por miedo a los bombardeos, y todo el pueblo quedaba a oscuras. De pronto oyeron venir por la calle de al lado un camión que se paró en la esquina. De él bajaron unos hombres con botas herradas con clavos, como las que solían llevar los militares, y comenzaron a andar en dirección a la casa de María; las botas producían al rozar con los guijarros de la calle un sonido terrible: Grrrom, Grrrom, Grrrom. De pronto, al llegar frente a la casa, el que los mandaba se paró y dijo:

-¡Alto! Aquí hay gente.

María de un soplido apagó la vela y cogió a su hijo apretándolo contra su pecho, permaneciendo sin respirar, en silencio. Durante unos interminables momentos sólo se oía el latido de sus corazones, que chocaban el uno contra el otro comunicándose el mutuo terror producido por la presencia de aquellos hombres, que en cualquier momento podían llamar a la puerta, entrar con sus fusiles y disparar sobre ellos. Tras esperar un rato y no oír ni ver nada, los hombres siguieron adelante.

Javier, el hijo de Juan y María, después de setenta años, aún tiene grabado en su mente el sonido de las botas de aquellos hombres, que seguramente aquel día no pensaban hacer daño a nadie. Pero en aquellos momentos, con todo lo que estaba ocurriendo, el simple ruido de unas botas claveteadas era suficiente para matar de miedo a cualquiera.

En el pueblo, a Juan, después de más de un año sin saber nada de él, todos le tenían por muerto. A pesar de ello María nunca perdió la esperanza de volver a verlo. Muchas personas le reprochaban por no haberle hecho un funeral. Ella siempre

contestaba que eso sería como matarle de verdad. Algo le decía que su marido estaba vivo y que algún día volvería.

Un día el médico del pueblo recibió un telegrama del frente, en el que se decía que Juan estaba allí. Que en breve volvería al pueblo. Que se lo comunicara a su familia. Ese día el pueblo hizo fiesta y hasta las campanas, que no tocaron por él a muerto, sonaron con una alegría especial, compartida por todo el pueblo. A los pocos días Juan llegó y pudo abrazar a los suyos.

Al mes siguiente, Juan, aún sin haberse recuperado de su enfermedad, tuvo que volver a la guerra. Ya más organizada que la primera vez que se lo llevaron, pero tan inútil, absurda y cruel como lo han sido y lo son todas las guerras.

Al terminar la contienda Juan volvió a su casa con los suyos. La enfermedad que contrajo en la guerra, le había dejado prácticamente inútil para el trabajo, pero como no era consecuencia de ninguna herida de bala o metralla, no le consideraron como mutilado de guerra, por lo que no le asignaron pensión alguna. Para que la familia pudiera subsistir, su hijo tuvo que ponerse a trabajar a los diez años conduciendo el arado, que su padre no podía sujetar, convirtiéndose en uno de los muchos “Niños yunteros” que produjo la guerra.

Juan vivió en el pueblo hasta el año 2005, en que falleció. Dos años antes de su muerte, al enterarse de que a mí me gustaba escribir historias, me contó la suya. Que yo en parte ya conocía, por haber vivido siempre en el mismo pueblo, y ser, también, uno de aquellos niños a los que su padre tuvo que dejar solo, para ir a la guerra. Juan me contó la parte que se refiere a su cautiverio y fuga, que nunca había contado a nadie. Me pidió que la escribiera. Lo que he intentado hacer aquí en memoria suya, de todos los que hemos sufrido, y de los que siguen sufriendo las consecuencias de todas las guerras.

